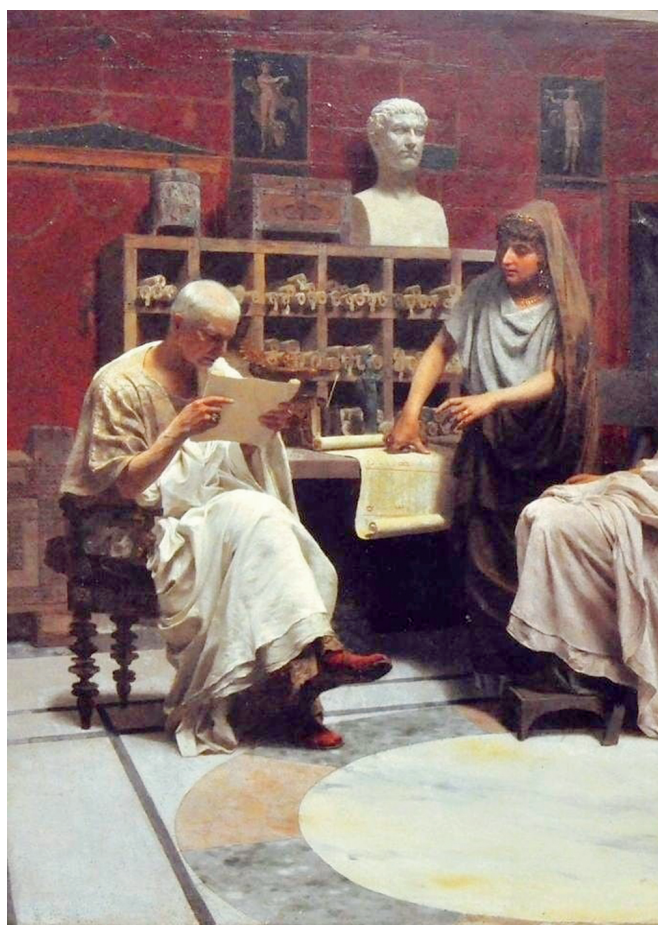




Col·lecció
INSTRUMENTA

86

PROPAGANDA GENTILICIA
(SS. IV-VI). ESTRATEGIAS
PARA LA CONSTRUCCIÓN
DE GENEALOGÍAS IMPERIALES
Y NOBILIARIAS

Gabriel Estrada San Juan



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Edicions



Calidad en
Edición
Académica
Academic
Publishing
Quality

PROPAGANDA GENTILICIA
(SS. IV-VI). ESTRATEGIAS
PARA LA CONSTRUCCIÓN
DE GENEALOGÍAS IMPERIALES
Y NOBILIARIAS

Col·lecció
INSTRUMENTA  86

Barcelona 2024

**PROPAGANDA GENTILICIA
(SS. IV-VI). ESTRATEGIAS
PARA LA CONSTRUCCIÓN
DE GENEALOGÍAS IMPERIALES
Y NOBILIARIAS**

GABRIEL ESTRADA SAN JUAN



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Edicions

A mi madre, María Rosa,
y a mi padre, Gabriel.

Índice general

Agradecimientos	11
1. INTRODUCCIÓN	13
1.1. Objetivo	21
2. METODOLOGÍA	23
2.1. Fuentes principales	24
2.1.1. <i>Enmansche Kaisergeschichte (EKG)</i>	25
2.1.2. <i>Origo Constantini imperatoris</i>	25
2.1.3. Aurelio Víctor	26
2.1.4. Eutropio	26
2.1.5. Nicómaco Flaviano	26
2.1.6. <i>Historia augusta (HA)</i>	27
2.1.7. <i>Epitome de caesaribus</i>	31
2.1.8. Panegíricos	32
2.1.9. Numismática	32
2.1.10. Epigrafía	33
2.1.11. Topografía urbana	33
3. PARTE 1: PROPAGANDA PÚBLICA	35
3.1. Constantino	35
3.1.1. Filiación	42
3.1.2. Medios	45
3.1.3. Origen geográfico	48
3.1.4. Onomástica posterior	53
3.1.5. Onomástica anterior	56
3.1.6. Oráculo <i>post eventum</i>	59
3.1.7. Mitificación de Claudio II	60
3.1.8. Ascenso de Claudio II	64
3.1.9. La guerra gótica	66
3.1.10. <i>Devotio</i> de Claudio II	68
3.1.11. Legitimidad anterior	72
3.1.12. Descalificación del enemigo	76
3.2. Licinio	81
3.2.1. Filiación	81
3.2.2. Medios	82
3.3. Teodosio	83
3.3.1. Filiación	86
3.3.2. Medios	90
3.3.3. Origen geográfico	93
3.3.4. Nerva y Graciano	96
3.3.5. Semejanzas	99
3.3.6. Onomástica anterior	106
3.3.7. Descalificación del enemigo	107

3.4. Anastasio	109
3.4.1. Filiación	110
3.4.2. Medios	111
3.4.3. Semejanzas	113
3.4.4. Onomástica anterior	114
4. PARTE 2: PROPAGANDA PRIVADA	117
4.1. Sobrino nieto	119
4.2. Más allá de Claudio II	123
4.3. Expresión gentilicia	128
4.3.1. Medios	128
4.3.2. Onomástica anterior	129
4.3.3. Onomástica posterior	132
4.4. Petronios probos	133
4.4.1. Filiación	134
4.4.2. Medios	136
4.4.3. Onomástica anterior	138
4.4.4. Onomástica posterior	139
4.4.5. Oráculo <i>post eventum</i>	140
4.4.6. Origen geográfico	142
4.5. Mecios y furios	142
4.5.1. Filiación	143
4.5.2. Medios	147
4.5.3. Semejanzas	147
4.5.4. Onomástica anterior	149
4.5.5. Onomástica posterior	154
4.6. Numios ceyonios albinos	156
4.6.1. Filiación	157
4.6.2. Medios	160
4.6.3. Origen geográfico	160
4.6.4. Onomástica anterior	161
4.7. Crítica a la propaganda oficial	163
5. CONCLUSIONES	169
6. FIGURAS 8-15	177
7. BIBLIOGRAFÍA	185
7.1. Ediciones de textos antiguos	185
7.2. <i>Instrumenta</i> y otras abreviaturas	194
7.3. Autores modernos	196
ÍNDICES TEMÁTICOS	215
Índice onomástico	215
Índice topográfico	226
Índice de fuentes antiguas	229

Agradecimientos

Este trabajo se inscribe en el programa de doctorado del Departament d'Història i Arqueologia de la Universitat de Barcelona, llamado "Societat i Cultura: Història, Antropologia, Art i Patrimoni", y del proyecto del Grup de Recerques en Antiquitat Tardana (GRAT), dirigido por el doctor Josep Vilella y al que también pertenece el doctor Pere Maymó, director y codirector respectivamente de dicho trabajo.

Son Josep y Pere con quienes empiezo este apartado, pues no son pocos los motivos por los que siempre estaré en deuda con ellos. En primer lugar, por su escrupulosa dirección del proyecto, que tanto ha ayudado a mejorarlo mediante detenidas revisiones a costa de robarles su ya exiguo tiempo; de alguna manera, siempre han encontrado momentos para mí, con una disposición plena y una dedicación igualmente minuciosa, y probablemente no soy consciente del sacrificio que ello supone para el director de un grupo de investigación y para el padre de dos hijos. Y en segundo lugar y en el mismo grado, por todos los dolores de cabeza que les he hecho pasar a lo largo de estos años entre problemas administrativos y de diversa índole y a los que, pese a todo, siempre han respondido con la misma dedicación y apoyo personal que en la dirección del propio trabajo. Huelga decir que sin vosotros esta obra se habría quedado a medio trayecto de su puerto.

Aprovecho también para recordar a todos mis compañeros del GRAT que, continuamente, me han ofrecido su ayuda, ya sea en forma de asistencia docente, de sabios consejos o de desahogo a la hora de la comida o del café. Juan Antonio, Raúl, Elisabet, Gerard, Oriol, Lorena, Ricardo, entre todos habéis hecho este viaje mucho más llevadero y, por ello, este libro en parte también es vuestro.

Fuera del ámbito del GRAT, también debo unas palabras a quienes me acogieron en las dos estancias que llevé a cabo en Roma, en la Università degli Studi Roma Tre, de las que pude sacar gran provecho académico pese a que las restricciones de la pandemia empañaran parcialmente la primera de ellas. Principalmente, al doctor Arnaldo Marcone, quien amablemente me abrió las puertas y me ayudó en lo que precisara, además de facilitarme impartir seminarios en dicha universidad, brindándome así mi primera experiencia docente en el extranjero. También al doctor Pierfrancesco

Porena, igualmente receptivo y abierto a guiarme. Y, de la vecina Università della Sapienza, al doctor Gianluca Gregori, profesor al que admiro y que me ofreció colaborar en su investigación.

Regresando a casa, pero aún sin dejar el escenario académico, no querría terminar sin desear la mejor de las fortunas a mis compañeros doctorandos que aún se encuentran atravesando la tormenta. Lorena, tienes mi apoyo para este difícil final de etapa y, por supuesto, para la que siga. Ricardo, aunque ahora estés en Madrid, te mandamos todos los ánimos desde Barcelona. Toni, aunque envidio la inocencia de quien recién empieza a dar sus pasos, cuenta conmigo si necesitas guía o simplemente alguien que te escuche como los demás han hecho conmigo.

Para terminar, dedico las últimas palabras a mi familia, compañeros y sostén en el trabajo y en la vida, y especialmente a dos personas. A mi padre, quien falleció cuando apenas me había embarcado en este proyecto, haciéndome ver que el tiempo que pasamos con los seres queridos siempre es poco, y que confío que al menos pueda sentirse dichoso de verme cerrar esta etapa personal. Y a mi madre, dechado infinito de cariño, sabiduría y constancia a quien cien páginas no bastarían para reconocer su entrega y coraje a lo largo de toda la vida. Espero que la dedicatoria de este libro sirva como muy humilde agradecimiento.

1. INTRODUCCIÓN

La ostentación genealógica es inherente a la existencia de una clase aristocrática que es, a su vez, la evolución natural de la jerarquización necesaria para el nacimiento de una civilización. La construcción de una comunidad en torno a una identidad que la cohesione requiere, a rasgos generales, unos usos y cultos comunes, manifestados en la cultura material, y un *μῦθος* que proporcione respuesta a la pregunta del origen, también del origen de la propia comunidad. Ése es el nacimiento de la veneración a lo antiguo, que tiene asimismo una participación esencial en las formas de gobierno, especialmente en una estructura social en la que no existen fronteras entre política, religión y cotidianidad. En este orden de cosas, la configuración de la jerarquía terrenal reproduce la divina, de manera que recae en la clase dirigente la salvaguarda de la *ma'at* o del mandato del cielo frente al caos y el colapso social. Las representaciones del primero en Horus o Ahura Mazda y del segundo en Tiámat o Tifón traducen las ideas en imágenes, y la repetición eterna del mito garantiza la prosperidad, el ciclo de las estaciones o el día y la noche. No es de extrañar, pues, que el rey sumerio Lipit-Ishtar incorporara a la diosa en su nombre y figurara en las inscripciones como “hijo del divino Enlil”. Esta concepción ideológica dio paso, lentamente, a la elaboración de genealogías divinas y heroicas cada vez más sofisticadas y menos simbólicas que redundaban en la legitimidad personal y del *genus*, integraban y fundían la historia de éste en la historia de la comunidad y, por qué no decirlo, satisfacían la vanidad personal.

En el mundo clásico, los orígenes de estos artificios los encontramos, como no puede ser de otra manera, envueltos en el manto de la leyenda e integrados en el acervo cultural grecolatino, que especialistas como los logógrafos fijaron en texto escrito. En los pórticos de los maestros, era sobradamente conocido que Néstor de dulce voz descendía de Poseidón a través de su padre Neleo (Hyg. *Fab.* 10; Paus. IV 2,5). Estos relatos eran de provecho para familias que reclamaban sangre

real. Así, en Atenas, el primero de los alcmeónidas era hijo de Silo, nieto de Trasimedes y bisnieto del de Pilos (II 18,8); cumpliendo el silogismo, el general Alcibíades era vástago del dios del mar.

Estas historias, como hemos perfilado, debieron de estar presentes en todos los pueblos donde existiera el grado de civilización suficiente para el surgimiento de una élite aristocrática. En el otro extremo de Europa, en los llanos manchegos de Albacete, el sepulcro turriforme de Pozo Moro nos cuenta una historia del siglo VI a.C., en pleno período orientalizante del mundo ibérico. Sus imágenes representan la divinización de un héroe, probable fundador de un linaje o una estructura política imperante en el momento de la construcción, a través de episodios de esencia oriental como el descenso a los infiernos y el regreso con el fruto del árbol de la vida o, más interesante, la cópula hierogámica.¹

Éste es, en efecto, el siguiente estadio del mito: los dioses dan paso a los héroes fundadores. De regreso al Este, perderíamos la cuenta de los linajes que parten de los heráclidas, desde los reyes lacedemonios (Her. VI 52; Xen. *Ages.* 8,7) o los baquíadas en Corinto (Diod. Sic. VII fr. 7) hasta los argéadas en Macedonia y, por lo tanto, Alejandro Magno (Diod. Sic. VII fr. 18-19; Plut. *Alex.* 2,1). Y, pasando al mundo romano, desde Fabio Máximo, el rival de Aníbal (Iuv. VIII 14; Sil. Ital. II 3; VI 627-36; VII 39-45; VIII 217; Plut. *Fab.* 1,2; cf. Ovid. *Pont.* III 3,100; Sil. Ital. VII 50; Plin. *NH* XXXIV 40), hasta Sinesio de Cirene, descendiente del rey Eurístenes (Syn. *Ep.* 41,240; 113,17-19; *Hymn.* III 36-39). Por no mencionar a los descendientes de compañeros de Hércules, como era el caso del triunviro Marco Antonio (Plut. *Ant.* 4,2). En la República romana, la descendencia heroica es plenamente visible en las grandes familias patricias, para las que los personajes de Virgilio y los reyes albanos cumplieron el papel de ancestros míticos: de Mnesteo, Sergesto y Atis, compañeros de Eneas, procedían las *gentes* memia, sergia y atia, respectivamente (Verg. *Aen.* V 117; 121; 568); el poeta sólo se demoró hasta el séptimo verso del primer libro de la *Eneida* para declarar que del dárdano proceden los *patres* de Alba y los altos muros de Roma, asociando así genealogía con la historia de la ciudad a imitación de las antiguas logografías, de igual forma que los compañeros de Eneas hacían las veces de compañeros de Hércules en la Hélade.

Por último, dioses y héroes se acabaron conjugando con personajes más próximos en el tiempo, pero lo suficientemente lejos como para evocar la debida antigüedad. Anco Marcio, el cuarto rey romano, permitió enraizarse en los orígenes de Roma a la homónima *gens* marcia, como denotan su empleo del *cognomen* rex y la representación del rey en sus monedas (Cr. 346; 425). Aunque el monarca más solicitado fue el segundo, Numa Pompilio, de cuyos hijos, a saber, Πόμπωνος, Πίνος, Κάλλπος y Μάμερκος, descendieron las *gentes* pomponia, pinaria, calpurnia y emilia, portadora ésta del singular *praenomen* mamerco (Plut. *Num.* 21,2). Y también reyes itálicos, como repetidamente sabemos de Mecenas, el patrón de la literatura augustea, por boca de sus protegidos: por padre y por madre contaba con ancestros ilustres y caudillos militares que se remontaban en última instancia a reyes etruscos (Hor. *Carm.* I 1,1; III 29,1; *Sat.* I 6,1-4; Prop. *Eleg.* III 9,1), claramente a través del *nomen* que Cayo Cilnio Mecenas compartía con la *gens* cilnia de Arretio, la más acaudalada de la ciudad a finales del siglo IV a.C. (Liv. X 3,2; cf. Pers. III 28). Hasta reyes bárbaros: el rebelde Julio Vindice, aquitano hijo de un senador, descendía de los reyes aquitanos (Cass. Dio LXIII 22,1). Como se ve y como se verá, la onomástica fue desde el principio el recurso más socorrido en la *nobilitas* romana y eficaz, además, al sumar otras tradiciones más elevadas, tanto helenas como itálicas: la regia *gens* emilia tuvo un segundo ancestro en un hijo de Pitágoras, llamado también Μάμερκος y apodado Αἰμύλιος (Plut. *Aem. Paul.* 2,1; *Num.* 8,19; Fest. *Lex.* 22 L), y un tercero en Αἰμυλία o *Aemylos*, hija o hijo de Eneas y Lavinia y hermana o hermano de Julo (Plut. *Rom.* 2,3; Fest. *Lex.* 22 L). Los descendientes de Julo –César y Augusto– son bien conocidos.²

¹ Chapa Brunet 2003: 103-06.

² Dondin-Payre 1988: 289-94; Syme 1989: 77.

Aun con todo, conviene apreciar una diferencia de raíz entre la *nobilitas* romana y la εὐγένεια griega, pese a su ocasional uso sinonímico (e.g. Cic. *Ep. fam.* III 7,5), en cuanto a que ésta tendía a vincular al εὐγενής (el “bien nacido”) o al εὐπατρις (el “de buen padre o patria”) con el pasado mítico de la ciudad, cuyos fundadores bien podían ser sus ancestros. Así, el γένος del filósofo Apolonio de Tiana provenía de los fundadores de Tiana (Philostr. *V. Apoll.* I 4). Y la familia senatorial de los julios euríclides, la más preclara de Esparta, descendía de Heracles así como de los gemelos Dioscuros, naturales de la Esparta homérica (*IG V* 1,971; 1172), como tantas otras familias lacedemonias que así lo consignaron en soporte epigráfico.³ Mientras que el rico ateniense Herodes Ático remontaba su progenie, por parte de padre, a próceres de la historia de su ciudad como Cimón y Milciades y, como éstos, a Éaco hijo de Zeus (Philostr. *VS* II 1,545-47), así como al mismo fundador de la ciudad, Cécrope, y a su hija Herse, y por ésta y el dios Hermes, a Cérix, epónimo de una de las familias más añejas y veneradas de Atenas (*IGUR* III 1155 ll. 32-33). En la idea de “buen nacimiento”, por lo tanto, confluyen tanto el γένος como la patria.⁴ De esta manera, Quincio Flaminio traspuso su *nobilitas* con la εὐγένεια griega cuando, en su célebre discurso en los Juegos Ístmicos, se presentó como un enéada (Plut. *Flam.* 12,6). Y cuando el eácida y cecrópida Herodes Ático contrajo matrimonio con la romana Regila, descendiente de Eneas, Anquises y Afrodita y de los reyes troyanos, además de Ganimedes (*IGUR* III 1155 ll. 3-4, 28, 38-40), unió en sus hijos el ἥθος de Grecia y el de Roma.

Por el otro lado, es necesario distinguir dos conceptos separados de *nobilitas* en el mundo romano. En primer lugar, una nobleza con reconocimiento legal, jerarquizada en la ostentación de *honores* y cargos políticos, y que finalmente se integró como término jurídico en la segunda mitad del siglo IV d.C. (*C. Th.* VI 4,22,3). Consistía en la membresía del Senado mediante el ejercicio de una magistratura, pero también, a decir de Mommsen, en la pertenencia al orden senatorial, requisito para optar a dichas magistraturas: el ingreso en el *ordo*, a partir de Augusto, era abierto, condicionado a una promoción o *adlectio* y un censo económico mínimo, entre otros requisitos sobre el patrimonio, y, una vez dentro, confería derecho hereditario por hasta tres generaciones.⁵ Esta institucionalización de la *nobilitas* ayudó a la concepción extralegal de un “cuerpo de nobleza” senatorial, máxime cuando la cortesía de “clarísimo” se extendió a esposas e hijas en época antonina, como se observa en la epigrafía (*AE* 2017, 1683 y *CIL* VI 17543, los primeros testimonios). Aun así, la estrecha relación con el ejercicio de la política perduró hasta el final del Imperio de Occidente, y los cargos políticos en sí devenían fuentes de nobleza, de manera que Marco Antonio calificó de *ignobilis* al padre de su rival Octaviano por no haber alcanzado el consulado (Cic. *Phil.* III 15); y la tarjeta de presentación de un aristócrata pasaba por enumerar a los consulares más próximos, fuera hombre (*SHA Gord.* 2,2-3) o mujer (*CIL* IX 2333), y exhibirlos en su árbol genealógico (Cass. *Var.* II 1,2: *longo stemmate ducto per trabeas*) u otras representaciones plásticas en la villa (Sid. *Ap. Ep.* 1,6,2: *trabeatis proavorum imaginibus*). Aunque la gestión de cargos públicos también llevó a calificar como *nobiles* a caballeros (Tac. *Agr.* 4,1) y a miembros de las aristocracias locales (Cic. *In Verr.* II 3,108) e incluso a reconocer una *nobilitas* bárbara (Caes. *Bell. Gall.* VII 67,7).

En segundo lugar, esta “nobleza de las magistraturas” convivía con una *nobilitas* de sangre (*SHA Val.* 5,7: *primus genere, nobilis sanguine*) que menoscababa al *homo novus* y enorgullecía al patricio. Se trataba de un entendimiento consuetudinario de la aristocracia, sin respaldo oficial por

³ Woodward 1930: 222-225 para una recopilación. Asimismo, vid. Curty 1995 para un compendio de testimonios epigráficos de “parentescos” entre ciudades griegas en este mismo paradigma.

⁴ Badel 2005: 295-306. Para el caso de Atenas y, concretamente, para el desarrollo de la prosopografía a partir del señalamiento de ancestros divinos y heroicos, vid. Settapani 2012.

⁵ Mommsen 1887: 466-75, seguido en publicaciones como Chastagnol 1973 = Nicolet 1984: 175-97; Nicolet 1976: 32-38; Talbert 1984: 39; Chastagnol 1992: 35-37; Eck 1998: 67-68; Badel 2005: 59-60; 151; Alföldy 2011: 150-51; Russell 2019: 340, a partir de algunos pasajes (principalmente Suet. *Aug.* 38,2; Cass. Dio LIX 9,5; Paulo en *Dig.* XXIII 2,44 pr.) y recientemente cuestionado de principio a fin en Weisweiler 2020.

el Estado pero reconocido socialmente.⁶ Esta otra concepción de la nobleza basaba el valor en la antigüedad del tronco familiar y en el prestigio de los antepasados, cuyas magistraturas eran objeto de ostentación para todo el clan. Es esta segunda idea de *nobilitas*, la de una *familia vetustissima* (Max. 7,3), la que nos atañe aquí, sin ignorar por ello la comunión que siempre existió entre ambos modelos de aristocracia y que configuraban, entre otros factores, la *dignitas* senatorial.

El abolengo, por descontado, debía hacerse público y notorio, y a esa reafirmación pública servían algunos ritos nobiliarios. El más llamativo quizá eran las procesiones funerarias de la aristocracia republicana. En ellas, el finado iba acompañado por un largo séquito formado nada menos que por sus ancestros: actores con máscaras de cera que evocaban los retratos de los difuntos, las cuales formaban parte del tesoro familiar. Al término del cortejo, la elegía o *laudatio* pronunciada repasaba igualmente la genealogía del difunto y los logros de los enmascarados, con hincapié en las magistraturas ostentadas por ellos (Pol. VI 53-54,2; Diod. Sic. XXXI fr. 25; Calp. Sic. LP; Plin. NH VII 139); idénticamente si el difunto era una mujer (Cic. Orat. II 225; Tac. Ann. III 76,2; Suet. Iul. 6; Plut. Caes. 5,2; IGUR III 1155). Estas máscaras se exponían en el atrio de las grandes casas junto con el árbol genealógico pintado, en el que numerosas líneas conectaban entre sí los retratos o *imagines* de los antepasados, igualmente pintados (Cic. Phil. II 26; Pers. III 28; Sen. Benef. III 28; Tac. Ann. II 27,2: *plenam imaginibus domum ostentat*; Iuv. VIII 1-9; Plin. NH XXXV 6-7; Ven. Fort. Carm. I 15,29-30 –y había artistas especializados en ello: Plin. NH XXXV 139–), de los que se podía leer al pie una reseña de los honores ostentados y algún apunte más (Tac. Ann. XVI 7; Sen. Benef. III 28,2).⁷ De ahí los “retratos ahumados”, una imagen literaria para el rancio abolengo del propietario de una finca, cuyas imágenes, expuestas durante siglos a la luz de las antorchas en el atrio, estarían cubiertas de hollín (*fumosae imagines*, Cic. In Pis. I; Sen. Ep. 44,5; Iuv. VIII 8; Boeth. Cons. Phil. I pros. 1,3). No es casualidad que también el atrio fuera el espacio para el larario, donde se exponían imágenes de los antepasados remotos, esta vez en figuras, que incluso podían estar talladas en plata (Aus. Epigr. 45,3-6) o en oro (Suet. Vit. 2,5; SHA Hel. 2,4).

A tal efecto, se hacía imprescindible guardar la memoria de la historia familiar por escrito. En Grecia, el sincretismo eugénico entre la historia de la ciudad y la del clan llevó desde antiguo a consignar esta memoria en el registro civil, práctica que perduró durante toda la Antigüedad (e.g. Syn. Ep. 41,243). En Roma, esta necesidad la colmaron archivos privados (Plin. NH XXXV 7), que podían devenir en fuente para historiadores, analistas y biógrafos. Es por ese motivo que la narración de los tiempos pretéritos de la Monarquía y la República temprana la copan leyendas de héroes familiares, originalmente cantadas o hasta teatralizadas (Cat. Orig. fr. 118 Peter = fr. 113 Cornell ap. Cic. Tusc. I 3 = IV 3 = Ep. Brut. 75; Orat. III 51,197; Val. Max. II 1,10),⁸ que estos literatos historizaron y, para ello, dotaron de una cronología. Que una historia familiar se fundiera con la historia de la misma Roma constituía el mayor éxito en su propagación: la mano de Escévola en el fuego, la defensa del Capitolio por Manlio Capitolino o el duelo de Valerio Corvo con el galo

⁶ Badel 2005: 16: “la noblesse romaine n’eut jamais de *Livre d’Or* à l’instar de la noblesse vénitienne.”

⁷ Badel 2005: 120-23. La representación “arbórea” ya la sugiere la propia palabra *στέμμα* (“guirnalda, corona de laurel”, Liddell-Scott 1638), y con motivos vegetales se representa el Árbol de Jesé en la *Vulgata* (Is. 11,1: *et egrediatur virga de radice Iesse, et flos de radice eius ascendet*). Probablemente, las líneas que conectaban las *imagines* eran, literalmente, dibujos de ramas (Pers. III 28: *stemmae quod Tusco ramum millesime ducis*).

⁸ Vid. De Sanctis 1907: 22-26, esp. 22 n. 1; Fowler 1912 = 1920: 171-73; Pareti 1952: 4-10; Rostagni 1964: 37-42: “un certo tipo di ballate o «canzoni» paragonabili alle *Chansons de geste* medievali”; Cornell 2012: 9-12 a partir de la hipótesis original de Perizonius (1685: 202-05) recuperada y desarrollada por Niebuhr (1811: 178-80), quien comparó estos *carmina* con los cantares de gesta germánicos. Lejos del anacronismo, los cantares medievales también versaban sobre ancestros pretendidos. Aun así, con matices Momigliano 1957 = 1960: 69-87; Bridenthal 1972; Zorzetti 1990: 289-95; Forsythe 2005: 74-75, en contra Fraccaro 1957: 59-60.

acabaron integrando el acervo popular hasta el punto de que, sin sus héroes, no se podrían entender la rendición de Porsena, las balanzas de Breno ni la expulsión de los galos del Lacio, respectivamente.

Estos archivos, árboles, máscaras y elegías saciaron la curiosidad genealógica de los escritores: qué otra procedencia podía tener la lista de consulados, dictaduras, censuras, triunfos y ovaciones de claudios y livios con que Suetonio inicia su biografía de Tiberio (*Tib.* 1,2; 3,1; similar Tac. *Ann.* XIII 3,1), cuando no es el mismo biógrafo el que la explicita en uno de estos atrios (Suet. *Galb.* 1,2). No obstante, esta interacción servía en bandeja exagerar los fastos familiares, las magistraturas ostentadas o los vínculos de sangre, con la consiguiente corrupción del relato histórico, como protestaron Cicerón y Tito Livio (Cic. *Ep. Brut.* 62; Liv. VIII 40,4). En ocasiones, los creadores de este contenido genealógico –a fijar más tarde en la historiografía– eran anticuarios al servicio de las grandes familias. Un ejemplo bien conocido en las postrimerías de la República es el erudito Pomponio Ático en unos anales de los magistrados romanos (t. 2 p. 189 FGrHist = t. 1 Cornell ap. Corn. Nep. *Att.* 18,2):

*et, quod difficillimum fuit, sic familiarum originem subtexit ut ex eo clarorum virorum propagines possimus cognoscere.*⁹

En otras palabras, su detallada obra fue concebida como útil de consulta para una literatura posterior o para la misma representación gráfica de estas *propagines*, siguiendo con el léxico botánico. Su obra está perdida, pero, gracias al testimonio de Cornelio Nepote, sabemos que, a petición de la flor y nata de su época –a saber, junios brutos, claudios marcelos, cornelios escipiones y fabios máximos–, listó (*enumeraverit*) extensamente (*aliquam*), probablemente a costa de la belleza literaria, los miembros, los parentescos, los cargos ejercidos y las fechas de junios, marcelos, escipiones, fabios y emilios (18,3-4). Es de suponer que en ella se podría seguir punto por punto el vínculo entre el tiranicida Marco Junio Bruto y el mítico Lucio Junio Bruto, el primer cónsul –pese a tratarse de una familia plebeya–, cuya efigie aquél veneraba en su atrio (Cic. *Phil.* II 26) y hasta acuñaría en moneda antes de su derrota en Filipos (Cr. 433); o que llegaría incluso a un compañero de Eneas, fundador de la *gens* junia (Dion. Hal. *Ant. Rom.* IV 68,1). Compárese a continuación con el epílogo de una de las obras de referencia principales de este trabajo (SHA *Car.* 21,2; similar en *Tyr. trig.* 33,7-8):

*habe, mi amice, meum munus, quod ego, ut s<a>ep[a]e dixi, non eloquentiae causa sed curiositatis in lumen edidi, id praecipu[a]e agens, ut, si quis eloque<n>s vellet facta principum reserare, materiam non requireret, habitus meos libellos ministros eloquii.*¹⁰

La *Historia augusta* (HA en adelante), ya en época teodosiana-honoriana, no defrauda en su contenido genealógico, como tampoco debió de hacerlo la obra perdida de Ático cuatro siglos y medio antes, aunque calificarla de *libellus* responde a la sorna del autor. En efecto, con el paso del tiempo, algunas obras trascendieron la consulta de estas historias familiares, llegando a ser éstas la razón de ser de aquéllas, y sus autores pasarían de protestar a ser los creadores de este tipo de

⁹ “Y, lo que es más complicado, agregó [a su obra] el origen de las familias de tal forma que podemos conocer las ramas de los varones preclaros.”

¹⁰ “Recibe, amigo mío, mi regalo, que yo, como he dicho a menudo, he compuesto teniendo en mente no la elocuencia sino el apetito de conocer, con la idea sobre todo de que, si alguien elocuente quisiera relatar los hechos de los príncipes, no necesite material teniendo ya mis libritos como útiles de su elocuencia.”

contenido, como habrá ocasión de ver largamente. De hecho, las protestas atañeron más bien a la inclusión o exclusión de ciertos nombres en algunas familias en libros como los de Pomponio Ático, y los autores de las quejas fueron los propios nobles que se servían de ellos. En la época de Ático, conocemos dos casos concretos de esta clase de diatribas (*indignatio*) en unos *volumina* llamados *Sobre las familias* (*De familiis*), escritos por el cónsul Mesala Rufo, que habrían representado, entre otros, los linajes de los valerios mesalas y los cornelios escipiones (fr. 1 Peter = t. 2 Cornell ap. Plin. *NH* XXXV 8).

De esta forma, los debates de Mesala Rufo y la integración del conjunto en el relato historiográfico por la *HA* dan ejemplo de dos modelos literarios derivados de las composiciones de genealogías en obras como la de Ático, que, a su vez, partían en buena medida de los archivos familiares de aquellos mismos que encargaban estas obras para finalmente retroalimentarse unos y otros en beneficio de un *corpus* cada vez más complejo. Naturalmente, no conservamos los documentos primarios de ámbito privado sino las reelaboraciones posteriores. Lo más cercano a lo que podemos llegar son las genealogías resumidas en algunos epígrafes funerarios, que pueden extenderse hasta cuatro generaciones (e.g. *CIL* IX 2333 y 2334, en el mismo grupo familiar); con algunas excepciones, caso de un mausoleo en Licia de principios del siglo III que nos detalla en un largo texto el *stemma* completo de un matrimonio de notables a lo largo de doce generaciones (*IGR* III 500).¹¹ Se trata éste de un galimatías de nombres y las correspondientes relaciones por sangre o matrimonio, ocasionalmente acompañados de fechas, patrias y títulos. Hasta detectamos prácticas transmitidas por los autores clásicos: si los tiranicidas Bruto y Casio habían sido eliminados de las *images* de los árboles pintados (Tac. *Ann.* XVI 7; Suet. *Ner.* 37,1) y de las exequias con actores (Tac. *Ann.* III 76), el texto del mausoleo censura el nombre del usurpador Avidio Casio, víctima también de la *damnatio memoriae*. También figuran los ancestros míticos: el rey espartano Amiclas, anterior incluso al homérico Menelao, es el fundador de uno de los linajes (ἄρχει δὲ τὸ γένος ἀπὸ τε Κλεάνδρου καὶ Ἀμύκλα Λακεδαιμονίων βασιλέων καὶ ἡρώων). Todo ello no sólo nos evoca la “lista”, el “detalle” y los “orígenes familiares” que describen el trabajo de Pomponio Ático (Corn. Nep. *Att.* 18,2-4), sino que el contexto funerario confirma, a la manera de las *laudationes* fúnebres, la importancia de estos archivos en el culto familiar.

La ostentación del linaje, de las magistraturas y hasta de ancestros míticos no sólo servía al culto y a la vanidad (Iuv. VIII 40: *tumes alto Drusorum stemmate*; Aus. *Epigr.* 45,1: *superbus opibus et fastu tumens*), sino a participar del discurso y las virtudes aristocráticas que conforman la identidad de grupo y que revestía el ambiente competitivo de la política romana.¹² Así también, la propaganda augustea en la que se asentó el nuevo régimen del Principado guardó espacio al boato genealógico, en el que se mezclaba la tradición familiar del fundador –que hacía de Julio César descendiente de Anco Marcio y de Eneas y Venus (Suet. *Iul.* 6)– con el “destino manifiesto” de Roma al que se vinculaba así la dinastía, como plasmó el de Mantua en la obra cumbre de la literatura latina (Verg. *Aen.* I 272-296). Ello se exhibió por todo el Imperio mediante distintos vehículos de propaganda, algunos de los cuales reencontraremos en los siglos IV y V, tales como el estatuario de la familia imperial –Venus incluida– en los edificios públicos de las ciudades o la acuñación de reversos para Eneas y Anquises o bien para la diosa. También se adoptó la tradición de la pompa de máscaras con un despliegue sin parangón ya desde los funerales de Augusto, Germánico o Druso, en los que desfilaron los ancestros personales del difunto, desde Eneas por parte de la *gens* julia y desde el sabino Ata Clauso por la *gens* claudia, pero también los “ancestros” de la propia Roma, es decir, los personajes más eximios de la historia romana, empezando por el mismo Rómulo y terminando por Pompeyo, asimilando así al individuo con el Estado (Tac. *Ann.* III 5; IV 9,2; Cass. Dio LVI 34-41,1, esp. 34,2-3), misma

¹¹ Hall - Milner - Coulton 1996.

¹² Badel 2005: 39-43.

escenografía que reproducirían los futuros emperadores (vid. Sen. *Apocol.* 12 para las exequias de Claudio, Cass. Dio LXXV 4,6 para las de Pértinax o Herodian. IV 2,10 para las de Septimio Severo).

Tras el colapso de la dinastía julioclaudia, Galba trató de difundir una nueva leyenda, igualmente miticogenealógica, por la que remontaba sus orígenes por vía paterna y materna a tiempos divinos, reemplazando a Venus y Eneas por Júpiter y Pasífae (Suet. *Galb.* 2). A los pocos meses, su sucesor, Otón, trató de asimilarse con la dinastía anterior (Plut. *Oth.* 3,2; Tac. *Hist.* 78,2; Suet. *Oth.* 7,1) y, es de suponer, de recuperar la tradición de los enéadas. Al poco tomó la púrpura Vitelio, que, como Galba, dispuso de una genealogía mítica propia, la cual se remontaba al pasado más remoto de Italia y Grecia: un émulo de Ático consignó por escrito como antepasados a Fauno y, en virtud de la coincidencia onomástica, a la diosa Vítula, y su larario guardaba las estatuillas del arcadio Palas y –con justicia– Narciso, pese a no ser la suya una familia de viejo cuño (*Vit.* 1; 2,5). En cualquier caso, la brevedad de los tres principados impidió materializar una campaña ambiciosa como fue la de Augusto. Por último, también Vespasiano pudo haber dotado a su nueva dinastía de una genealogía mítica, hercúlea, aunque no pareció haber la misma predisposición: Suetonio presenta como una anécdota divertida el hecho de que se hubiera intentado trazar sus orígenes hasta los fundadores de Reate y un compañero de Hércules (*Vesp.* 12). Realmente, los ideólogos (*quosdam*) de tal “ocurrencia” sólo habrían tratado de ensalzar a la casa flavia a la altura de su predecesora y de otras tantas familias que aún en el Imperio daban comienzo a sus árboles en un fundador o en un compañero de Eneas. Y, pese al presunto desdén de Vespasiano, tenemos sobrado testimonio de la identificación de su hijo Domiciano con Hércules en los versos de Marcial, llegando a superponer las facciones en las imágenes oficiales, es decir, a cincelar en el héroe los rasgos de Domiciano (Mart. IX 64-65, 101; vid. infra n. 148).

Más tarde, en el siglo II, cada emperador tuvo la posibilidad de ostentar dos genealogías diferentes. Por una parte figuraban los ancestros de la familia, como fueron para Marco Aurelio los reyes Numa y Malemnio, fundador de Lecce, y el padre de éste, Dasumno, que recuerda a su pariente el bético Lucio Dasumio Adriano *cos. suff.* 93 (*PIR*² D 14; Mar. Max. fr. 10 Peter = fr. 12 Birley = fr. 10 Cornell ap. SHA *Marc.* 1,6; Eutr. VIII 9).¹³ Por otra, la cada vez más larga lista de predecesores imperiales, desde Nerva hasta Cómodo, conectados entre sí por filiación adoptiva. Fue ésta la que figuró en la propaganda epigráfica, que no escatimó en largas fórmulas que, a menudo, añadían además algunos títulos de los príncipes pasados (e.g. *AE* 1990: 1023: *Imperator Caesar divi Antonini filius, divi Veri Parthici maximi frater, divi Hadriani nepos, divi Traiani Parthici pronepos, divi Nervae abnepos, Marcus Aurelius Antoninus*). Tras la guerra civil que sucedió a la dinastía antonina, los severos recuperaron esta tradición legitimista hasta el punto de representar las dos dinastías como una sola (e.g. *AE* 1993, 1737: *Imperatoris Caesaris divi Marci Antonini pii Germanici Sarmatici filii, divi Commodi fratris, divi Pii nepotis, divi Hadriani pronepotis, divi Traiani Parthici abnepotis, divi Nervae adnepotis, Luci Septimi Severi*), además de emparentar al fundador, Septimio Severo, con el príncipe precedente reconocido, Pértinax (e.g. *RIC* IVa 24a-b, p. 94: *divus Pertinax pius pater*). Incluso la interrupción de esta dinastía en 217-18 trató de no pasar como tal, como da a entender la nomenclatura adoptada por Macrino y Diadumeniano (e.g. *AE* 1940, 104: *Marco Opellio Severo Macrino [...] et Marco Opellio Antonino Diadumeniano*). La difusión de estas relaciones familiares evidentemente ficticias abrió la puerta a materializar en un árbol el cortejo de personalidades ilustres que, desde Augusto, habían desfilado en la pompa fúnebre del emperador y que, desde luego, no faltó en las exequias del propio Severo (Herodian. IV 2,10). También Heliogábalo y Severo Alejandro figuraron como hijos de Caracala, salvando así el intervalo de 217-18, al tiempo que la matriarca, Julia

¹³ Chausson 2002: 115. Dasumno o Vítula son ejemplos de lo que llamaremos recursos onomásticos.